

DE LA ECONOMÍA A LA HISTORIA. ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A LA HISTORIA ECONÓMICA

María Claudia Saavedra Restrepo
Universidad de Antioquia

Resumen: El quehacer de la historia económica, conlleva al reconocimiento de la necesidad del diálogo entre la economía y la historia, en lo que corresponde al debate conceptual y a la propia práctica investigativa. A partir del reconocimiento de la historia económica como una parte integral de la economía, el presente artículo propone reconocer el sentido de dicho vínculo tanto desde las relaciones entre la economía y la historia, como desde la teoría económica y la historia económica, para insistir en la necesidad de integrar en los estudios económicos el estudio de los factores sociales, políticos, culturales y de otro tipo que incidan en el comportamiento de los agentes que constituyen tales mecanismos económicos.

Palabras clave. Relación economía-historia, Interdisciplinariedad, Historia económica

Abstract: The task of economic history involves the recognition of the need for dialogue between economics and history, which corresponds to the conceptual debate and research practice itself. Upon recognition of economic history as an integral part of the economy, this article proposes to recognize the meaning of that link both the relationship between economics and history, and from economic theory and economic history, for insisting on the need to integrate in the economic literature studying the social, political, cultural and otherwise affecting the behavior of the agents who represent such economic mechanisms.

Keywords: Economy-history relationship, Interdisciplinarity, Economic history

A manera de introducción

Debates en torno a problemas histórico económicos en diversos contextos y distintas temporalidades, convocan a la necesidad de delimitar el terreno disciplinario desde donde se habla: si desde la economía, desde la historia, o desde el rescate de la propia identidad disciplinar de la historia económica; por cuanto cada una de estas opciones compromete conceptos, métodos, énfasis temáti-

cos, vínculos interdisciplinarios y valoraciones propias de las corrientes teóricas que se debaten en cada campo.

Cuando se adopta la opción de la perspectiva económica, con frecuencia se acompaña de una opinión según la cual el quehacer de la historia económica se reconoce como una tarea para los historiadores; sin embargo, algunos historiadores consideran inconveniente abordar estudios desde dicha óptica, por no contar con todos los recursos analíticos conceptuales propios de la economía y por ser ajenos a la tendencia modelística formal. Así la historia económica, más frecuentemente definida por su objeto que por el método y el bagaje teórico con que se analizan los problemas que estudia, se debate entre las dos disciplinas sin lograr reivindicar amplia y definitivamente su carácter independiente.

Frente a este panorama, no parecen relevantes los esfuerzos por identificar la orilla desde la cual se habla. Resulta más significativo tratar de encontrar caminos para avanzar en el encuentro entre la economía y la historia, a fin de reconocer como posible y conveniente la identificación de un espacio donde se polemiquen los enfoques, se discutan las teorías y se precisen los conceptos. Igualmente, para dimensionar el quehacer de la historia económica a fin de superar la idea simplista según la cual se está haciendo historia económica desde el momento mismo en que se involucran temas económicos en el análisis histórico o tan pronto como se hace referencia a las acciones de los agentes económicos en el tiempo o al papel desempeñado por las instituciones, cuando se hable de precios, de costos, de salarios, de ganancias o de pérdidas, o que se consideren las características de la política económica, la manera como se han estructurado los mercados o los sectores económicos, la historia de los proyectos de inversión o de los impactos económicos de determinados procesos sean económicos o no, o la crónica acerca de las empresas o de los empresarios. La complejidad de la vida económica observada y analizada en perspectiva histórica exige de tales esfuerzos.

A pesar de las controversias y sin ánimo de pretender unanimidad de criterios, se constata un amplio reconocimiento de la necesidad de diálogo entre la economía y la historia –como diría Hobsbawm, el diferenciado quehacer de economistas historiadores y de historiadores economistas– que, debe comprometer al debate conceptual y a la propia práctica investigativa, aunque persistan muchas diferencias y desconfianzas, se discuta acerca de la mediación de lo social y se cuestione lo que muchos califican como “economicismo”.

Aquí se asumirá la identidad de la historia económica como una parte integral de la economía de acuerdo con la idea desarrollada por Joseph Shumpeter, Witold Kula y Carlo Cipolla entre otros autores, y se tratará de reconocer el sentido de dicho vínculo tanto desde las relaciones entre la economía y la historia, como desde la teoría económica y la historia económica; a cada una de estas relaciones está dedicado un aparte de esta reflexión.

1. Economía e Historia

Las economías reales son objetos dinámicos, objetos complejos integrados por factores de estabilidad y de cambio, donde la actividad económica que tiene lugar en ellas está enmarcada por dimensiones tanto sociales como políticas y culturales. Las economías reales se desenvuelven, por tanto, en un contexto histórico y la reflexión teórica que se produce en torno a dichas economías reales, allana el camino para la construcción de la teoría económica referida a unas condiciones históricas particulares.

Difícilmente pudiera negarse la existencia de múltiples relaciones entre los procesos económicos y sociales; pero lo que sí se discute –tanto por parte de historiadores como de economistas– es el grado de autonomía de lo económico, ante lo cual se señala que la posibilidad de “separar” conceptualmente lo económico es un asunto que solo atañe al terreno de la abstracción, para reconocer lo particular y lo general de cada uno de los procesos. Si bien los sistemas sociales reales constituyen “especies” únicas con trayectorias específicas, también –desde otro punto de vista– se afirma que entre dichos sistemas es posible reconocer rasgos comunes, semejanzas o diferencias sectoriales, y algunas tendencias dinámicas parecidas o no.

Al estudiar cualquier sistema social, en un marco temporal definido y referido a circunstancias históricas determinadas, se le llega a reconocer como un objeto singular e irrepetible; esta particularidad, ha llevado a los historiadores a vincular en los estudios históricos diversos factores como: el medio ambiente, la estructura demográfica, la estratificación social y la participación de la población en ella, la economía política y la cultura. Es entonces absolutamente redundante decir que, para entender cualquier proceso histórico, se necesita un adecuado sistema de análisis, uno o varios esquemas explicativos, y un entramado conceptual sistemático; al descubrir las regularidades de los procesos económicos pasados, las escuelas económicas han transitado por diferentes caminos en su diálogo con la historia.

No basta con que una operación conceptual sea válida, debe ofrecer productos en algún sentido y desembocar en la posibilidad de formular hipótesis explicativas. Pero en todo caso, la validez debe ser probada con resultados; cualquier teoría ha de poder ser contrastada para merecer algún reconocimiento, aunque se apoye en la recolección de hechos previamente tamizados por hipótesis no siempre explícitas. En definitiva, para pensar problemas económicos del pasado, contamos con una carga conceptual construida hasta hoy; no es sólo lo que se dice o se deja de decir, sino lo que se entiende o se deja de entender, no se parte de cero y no siempre las consideraciones teóricas se expresan con claridad y precisión.

En otros términos, los hechos siempre son evaluados a la luz del esquema teórico que se utiliza para analizar un segmento particular de la realidad; sea este esquema teórico sobreentendido o no. No hay teoría válida capaz de sos-

tenerse por ella misma; y como la economía pretende aportar para el análisis de la realidad, precisa de contrastaciones que convaliden las hipótesis teóricas. Esto es, una teoría pertinente, coherente y consistente que contribuya a la comprensión de la realidad en su diversidad y que no arriesgue quedar reducida a un mero ejercicio intelectual sin vínculos con la realidad que pretende interpretar. Si no se avanza en la contrastación histórica, no será posible contar con procedimientos convincentes y efectivos para debatir y sacar de la circulación aquellas afirmaciones insostenibles, que han contribuido –sin un mayor cuestionamiento– a reproducir culturalmente ciertas doctrinas con apariencia teológica. Es por tanto necesario definir el objeto y el método de la economía, el método y el objeto de la historia y el objeto y el método de la historia económica. La idea unificadora es la teoría, y por teoría frecuentemente se alude al modelo. A este respecto el debate sigue abierto.

En el amplio y complejo campo de las ciencias sociales y humanas, resulta ineludible contar con un paradigma teórico de interpretación. De una manera consciente o inconsciente, de una forma explícita o implícitamente, todo historiador y todo economista debería adoptar un referente teórico de interpretación –y de hecho lo hace aunque no lo exprese–, para poder decidir qué información recoger y cómo ordenar los hechos recogidos según un cierto criterio lógico.

Si se parte de definir por teoría la serie de las leyes que sirven para relacionar determinado orden de fenómenos, en un intento de interpretación explicativa, referidos a un asunto común del que intentan reconocer regularidades; y por modelo, la imagen simplificada de una situación real, la representación de los rasgos pertinentes de un objeto o de un proceso histórico por medio de signos; es claro que no es posible asimilar modelo con teoría. La frontera entre uno y otra no es fácil de establecer; podría decirse que los modelos tienen un dominio de referencia más estrecho que las teorías que se presentan como idealizaciones extremas y que centran la atención sobre unas pocas relaciones. Los modelos no consideran las complejidades reales pero, a cambio, permiten obtener soluciones más precisas y abrir caminos hacia la resolución de problemas más complicados.

No es casual que los primeros modelos explícitos elaborados por los historiadores hayan procedido del campo de la historia económica, con una influencia importante de trabajos teórico-económicos. Para los historiadores, con la utilización de modelos, es posible liberar ciertas limitaciones y llegar a estudiar no sólo lo que ha tenido lugar, sino también aquellas apariencias que no se han concretado. Pero es un hecho que en cuanto más se disponga de datos cuantitativos sobre las economías y sociedades antiguas, mayor será el número de los modelos y su riqueza, y mayor será también el número de campos a los que se puedan aplicar tales métodos. En este sentido, los modelos pueden no ser rivales, aunque sus respectivos supuestos y conclusiones sean contradictorios; así que, supuesta la coherencia, los modelos no son correctos o incorrectos, sino más bien útiles o inútiles, apropiados o inapropiados, y respecto a algo concreto ser profundos o superficiales.

Las tendencias hacia el formalismo han jugado un papel progresivamente mayor y muy particularmente desde la influencia de la llamada corriente principal de la economía, en cuanto ayudan a la eliminación de las inconsistencias y reducen la retórica; pero también, han contribuido a distorsionar los criterios de convalidación. Parece como si se creyera que un planteamiento formalmente correcto fuera suficiente para lograr, por esta vía, la relevancia de los hechos que se estudian. A veces se trata de forzar la realidad histórica para que encaje en el modelo, y no se reconoce la debilidad de éste como instrumento de interpretación de la realidad.

Es importante reiterar que el plano real y el plano conceptual son obviamente distintos, con formas de existencia diferentes y atributos particulares. No obstante, entre ambos planos deben establecerse conexiones, pues los esquemas teóricos no se sostienen en el aire y las interpretaciones de lo ocurrido en el plano real requieren de conceptualizaciones adecuadas; no se trata de reivindicar el realismo de los supuestos, pero sí de alertar sobre los riesgos de introducir categorías contradictorias para avanzar en los análisis.

Por otra parte, las teorías económicas dependen de situaciones históricas específicas: son formulaciones lógicas que responden a las exigencias y aspiraciones de una sociedad concreta en un momento histórico determinado. No es por simple casualidad que la teoría de las ventajas comparativas surgiera en Inglaterra de principios del siglo XIX y no en Portugal; que la teoría de la protección arancelaria a las industrias nacientes naciera en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX y no en Inglaterra; o que en el siglo XX la teoría keynesiana de los gastos deficitarios para sostener la demanda y el empleo, se formulara durante la crisis de los años 30 y no en la euforia de los años 20. Estas teorías –todas las teorías– son contingentes; su validez está limitada en el tiempo y en el espacio; mientras que la economía como una rama de la lógica, como un modo de pensar, es universal.

Los economistas están obligados a comprender la historicidad de las teorías. Pero la historia no puede contentarse con absorber las teorías elaboradas por los economistas; no puede limitarse a proporcionar material a los teóricos, ni a verificar la exactitud de las teorías en sí mismas; debe desarrollar el conocimiento de la economía de la sociedad examinada, hasta poder aportar elementos para lograr una generalización teórica. El historiador que se interese por comprender una sociedad, sabe que no puede hacerlo sin integrar en su análisis los datos del movimiento económico; a su disposición tiene un bagaje cada vez más amplio sobre los hechos económicos del pasado, pero su interpretación –su inclusión en un modelo explicativo global requiere del uso de esquemas propios de la teoría económica.

Los cambios ocurridos en el mundo actual han obligado a los economistas, o al menos a aquéllos que se presentan como más rigurosos a razonar según modelos. La propia construcción del modelo presupone no solo la posibilidad de construir otros modelos, sino también la variedad de una realidad que unas veces se aproxima a un determinado modelo y otras veces a otro. El modelo

explica la realidad, únicamente, en cuanto sus principios pueden ser reconocidos como generalizaciones de lo existente; no obstante, todo modelo puede ser construido sólo dentro de los límites de las constataciones que se repiten. No hay teoría sin reiteración; y aunque los fenómenos sociales no son repetitivos, se puede crear una teoría sobre ellos a partir de comprender que la dinámica de los procesos sociales no responde a ritmos, ni intensidades, ni temporalidades siempre similares.

Al tratar de construir un modelo de funcionamiento de un sistema económico dado, se encuentran elementos puntuales de carácter coyuntural que no permiten mirar más allá de las circunstancias; por tanto, resulta necesario tratar de reconocer los elementos acumulativos de la coyuntura, porque ellos podrán conducir finalmente a la comprensión del cambio de la estructura. El modelo en todo caso debe servir como un instrumento para explicar la realidad y para ello se debe confrontar el modelo con la realidad examinada.

Si bien existe una corriente partidaria de los modelos, subsiste otra que hace historia sin atender las exigencias de una teoría subyacente y sin sentir jamás la necesidad de explicitar la teoría adoptada. No obstante, más allá de los modelos y de las precisiones teóricas y metodológicas, parece necesario prestar más atención a las instituciones, a los intangibles, a las casualidades y a las condiciones caóticas, para proponer una interpretación adecuada. De alguna manera se sigue ignorando el papel que juegan innumerables factores económicos, culturales, políticos, sociales e ideológicos en los procesos históricos que se estudian.

Es posible señalar, por tanto, que la aproximación económica a la historia es solo un elemento a considerar para el análisis de la sociedad, pero que se trata de un elemento indispensable. Cualquier sistema social se presenta como una conjunción de hombres y recursos en un medio determinado, entre los cuales existen relaciones de muy diversa índole, que si bien forman una unidad estructural, no todos los elementos ni las relaciones tienen en ella la misma importancia. Es sobre este reconocimiento que se pueden formular hipótesis explicativas.

Durante mucho tiempo el interés por la historia entre los economistas disminuyó, al tiempo que temas profundamente históricos pasaron a ocupar el centro de atención. Los temas de historia económica y de la historia de pensamiento económico resultaron menos trabajados, mientras que el crecimiento económico, el desarrollo sectorial, la globalización y el decrecimiento fueron ganando atención.

La historia y la ciencia económica experimentaron un proceso conjunto de crecimiento, manifiesto en algunas formulaciones de la teoría clásica, de la corriente historicista y del pensamiento económico marxista. Las obras de David Ricardo (1772-1836), de James Mill (1773-1836) y de J. R. McCullan (1789-1864) influyeron para que se eliminara el elemento histórico de la economía teórica y se formulara el análisis económico desde la abstracción lógico-matemática; al punto que Stanley Jevons (1835-1882) afirmó que la economía debería

ser matemática para poder ser considerada como ciencia. La recuperación de la perspectiva histórica fue propuesta por parte de la escuela histórico alemana (Roscher, von Schmoller, Bücher) y de la escuela de los institucionalistas norteamericanos (Veblen, Atkins, Ayres y otros); y fue Karl Marx (1818-1883) quien logró, en sus análisis económicos dinámicos, una estrecha relación entre la historia y el análisis económico-social.

La economía, especialmente desde su versión neoclásica, enfatiza cada vez más la aplicación del método lógico-matemático a un análisis de tipo estático, sin inclusión del elemento histórico. De hecho la separación de la historia y la ciencia económica no se hizo evidente sino hasta la transformación marginalista de la segunda; y fue el debate contra el historicismo y contra el marxismo el que recreó dicha separación. La llamada teoría pura adquirió una dimensión práctica, pero en unas condiciones totalmente distintas de las que se suponían antes de estallar la Primera Guerra Mundial en 1914.

El problema radica en que el estudio de los mecanismos económicos ha estado ajeno al estudio de diversos factores –entre ellos los sociales– que inciden en el comportamiento de los agentes que intervienen en tales mecanismos. De tal manera que este divorcio entre la economía y la historia no puede resolverse simplemente prestando más atención a las realidades económicas concretas y a la experiencia histórica.

Desde finales de la década de 1970, lo que se ha denominado, el imperialismo de la ciencia económica, promueve la idea según la cual la ciencia económica debe ser considerada como una ciencia de servicio universal, a partir de la cual pueden ser abordados y explicados diversos aspectos de la vida humana, aunque ello no signifique que desde la economía se pueda comprender lo que hace la humanidad en el curso normal de la vida, ni cómo cambian sus actividades. Tal pretensión no puede obviar la relación entre la historia y la economía, simplemente con desconocerla; pero es posible decir que la distancia metodológica entre economía e historia, hoy por hoy de alguna manera está zanjada.

Tanto historiadores como economistas declaran, más o menos, ser teóricos e historiadores al mismo tiempo. Ha llegado el momento en que unos y otros dejen de lado la intención de sustituirse. Se deben abandonar las barreras disciplinarias que se presentan como insuperables, deben considerarse conjuntamente los aportes técnicos de cada uno de ellos y pensarse en y desde la interdisciplinariedad para generar un campo de complementariedades que impida a los unos moverse con impericia en el terreno económico y a los otros perderse cuando retroceden en el tiempo. A propósito de la historia económica se impone, por tanto, la colaboración entre historiadores y economistas.

Pero, ¿a qué se hace referencia cuando se habla de historia económica? ¿Se está hablando de la historia de la economía o de una economía histórica? En ocasiones pareciera que una relación de datos cuantitativos o el establecimiento de una cronología o la referencia a las acciones de los agentes económicos ya diera lugar para hablar de historia económica; es por lo menos llamativo el que se la defina en tanto el objeto de análisis, sin mayores consideraciones res-

pecto al método y a la fundamentación teórica con la que se sustenta. El objeto de la historia económica no es lo único que la define.

Actualmente la mayoría de los economistas admiten el principio de los límites espacio-temporales, pero es difícil que los acepten reducidos a un solo momento. La historia de los grandes acontecimientos no es algo que únicamente se desarrolle a propósito de la historia política; son muchas las investigaciones en el campo de la historia económica que pueden catalogarse bajo esta denominación.

El campo convencional de la historia económica es más amplio que el campo convencional de la ciencia económica tal y como se define actualmente. Se puede y se debe, desde la historia económica, utilizar las técnicas, los modos de argumentación y los modelos de la ciencia económica, pero no es posible limitarse a ellos. Mientras desde la historia se propende por explicaciones además de análisis, la ciencia económica quizás privilegia más lo segundo que lo primero. Cuando se trata de historia económica el interés no radica sólo en los nuevos métodos y en las sofisticadas técnicas, sino en los problemas metodológicos generales que enfrenta. No obstante los estudios acerca de la especificidad del propio objeto, de las fuentes y de los vínculos con la economía, no se cuenta aún con una reflexión sistemática ampliamente difundida sobre la metodología de la historia económica, desde un punto de vista metodológico general.

La historia económica moderna tiene su interés centrado en la explicación más que en el establecimiento de los hechos históricos, tiende a ser más analítica y menos positivista. Eso no significa que se haya abandonado la descripción de los acontecimientos y de los procesos históricos; pero se trata de una descripción explicativa en la que se reúnen diferentes elementos del proceso histórico mediante las correspondientes relaciones causales, para encontrar los factores de los hechos históricos. Igualmente se acude a la llamada explicación genética al reconstruir las sucesivas etapas de desarrollo de un hecho o proceso determinado; o a la llamada explicación estructural cuando se pone de manifiesto la función de un elemento dentro del sistema, o se insertan hechos y procesos menores en otros mayores, para explicar parcialmente los primeros.

A esta altura podría formularse la pregunta acerca de si las explicaciones de historia económica poseen –o no– alguna especificidad. La historia económica tradicional no logra superar la descripción en categorías de corta duración y no se interesa por la historia de los procesos, de las estructuras y de los sistemas, como tampoco se refiere al método de los modelos. Hoy por hoy, considerando los debates adelantados tanto desde el campo de la historia como desde el campo de la economía, un historiador económico debería interesarse por la estructura de todos los aspectos de la explicación histórica.

La reacción más fuerte contra la forma tradicional de hacer historia económica se dio en los Estados Unidos. A partir de la década de 1960, un amplio grupo de jóvenes académicos economistas, con una sólida formación económica y estadística, empezó a abordar los temas de la historia económica de una nueva manera. Con la creciente importancia del papel de la escuela norteamericana,

partidaria de la utilización de modelos, se produjeron aportes altamente técnicos, sólo accesibles y comprensibles para un reducido número de especialistas. Con ello se contribuyó a la agudización de la crisis de identidad de la propia historia económica que continúa su transcurrir entre la historia y la economía; pero en un ambiente de mayor debate y de búsqueda de rigor. La nueva historia económica, reconocida por Hobsbawm como la escuela de los economistas historiadores, hace una amplia utilización de todo el arsenal del cálculo económico y de la estadística retrospectiva para atacar las tradiciones de un economicismo elemental. Pero son muchos los debates que ha suscitado.

Si bien, no parece discutible afirmar que la validez de las teorías económicas como recursos explicativos de una realidad, está en consonancia con su propia pertinencia histórica, pocos argumentos podrían presentarse a favor de la distancia entre la economía y la historia, a propósito de la historia económica. Los economistas requieren reintegrar la historia; pero no se trata simplemente de formalizar los análisis con la aplicación de modelos econométricos, sino de reconocer a la economía como una ciencia social con todo lo que tal afirmación significa.

2. Teoría económica e historia económica

Desde su origen la teoría económica tuvo un alto componente de historia económica; el nacimiento de la teoría clásica y su polémica con el mercantilismo, estuvieron acompañados de una reflexión hecha desde la historia. La obra clásica de Adam Smith, *La riqueza de las Naciones* publicada en 1776, analizó la conformación del mercado a partir del desenvolvimiento de la división social del trabajo; Smith pertenecía a aquella tradición según la cual era necesario buscar en la historia la comprobación de sus afirmaciones de carácter deductivo.

Esa estrecha relación entre la economía y la historia económica se frustró con el avance de las tesis de Ricardo, Mill y Mc Cullan; aunque se dieron algunos intentos por recuperar el análisis histórico por parte de la escuela económica histórica alemana, por parte de la escuela económica histórica inglesa y de la escuela de los institucionalistas norteamericanos. Por su parte Hicks, Schumpeter, Marx, Keynes y North, entre otros destacados por sus aportes teóricos, lograron formular explicaciones de algunos procesos de la historia económica.

Pero la economía, especialmente en su versión neoclásica, se distingue cada vez más por la aplicación del método lógico-matemático a un análisis de tipo estático, con exclusión del elemento histórico. La historia económica llegó a encontrarse en una situación absurda: siendo una disciplina fundamentalmente humanística, en cuanto histórica no podía seguir a la economía en su análisis ahistórico; y por otra parte, en cuanto declaradamente económica, la historia económica no podía apartarse por completo de la teoría económica. De ahí que se desarrollaron dos propuestas contrapuestas: la de los historiadores económicos que disminuyeron sus vínculos con la economía y la de los historiadores económicos que redujeron sus nexos con la historia.

En todo caso, el reconocimiento del modelo teórico utilizado en las investigaciones de los economistas, cuando tienen un referente tiempo-espacio, hace parte de la crítica historiográfica. Esto es igualmente válido para el caso de los historiadores que aborden en sus investigaciones el análisis de acontecimientos económicos; el reconocimiento de paradigmas y categorías desarrolladas por la teoría económica limitaría los riesgos de anacronismo, desgraciadamente tan frecuentes en los estudios histórico económicos.

La aparente distancia que conlleva el ejercicio profesional de los economistas –marcado por la axiomatización y la sofisticación de las herramientas econométricas– y de los historiadores que descubren nuevas temáticas, se resuelve en la historicidad de los fenómenos económicos, que es su lugar natural de confluencia; el trabajo conjunto, el rigor en el uso de las fuentes y la formalización teórica, podrán actuar en beneficio del conocimiento histórico.

La importancia y utilidad de la teoría económica han sido de poca monta para la historia y de eficacia limitada para la historia económica en particular. Aunque buena parte de la teoría económica en uso constituye un cuerpo de conocimientos con alto nivel formal, no ayuda mucho. La teoría económica matemática se ha convertido en algo cada vez más abstracto y así no es de extrañar que sean escasos los procesos de interacción entre la historia y la teoría económica.

En tal sentido, la historia económica se ofrece como un amplio espacio de observación de la vida social y como la principal vía de contrastación para las teorías económicas. Vale la pena subrayar que esas contrastaciones no son en general cruciales, pero sirven para detectar anomalías, descubrir factores ignorados o silenciados, llamar la atención sobre interdependencias en un panorama más extenso; esto debe entenderse como una expresión de buenos deseos más que una realidad que pueda ser constatada. Falta mucho camino por recorrer.

A pesar de todo se han producido intentos para encajar generalizaciones históricas en una matriz teórica específica. Esta maniobra conlleva riesgos considerables, pero constituye una de las escasas maneras de poner a prueba las teorías generales. A veces se fuerzan los datos para conseguir algún ajuste; pero incluso esto puede justificarse si ayuda a sacar a la luz propiedades que desde otras ópticas y tradiciones intelectuales quedaban oscurecidas. En otros casos, el resultado más interesante viene dado por la detección de anomalías o insuficiencias de la trama teórica con lo que se facilita la revisión y corrección de la teoría; la situación simétrica conduce a la detección de singularidades históricas que requieren explicaciones específicas. Pero, los casos favorables no implican la legitimación automática de la teoría utilizada como matriz; y en cualquier caso la comparación de las representaciones obtenidas a partir de matrices distintas tendrá la virtud de poner de manifiesto los lados fuertes y débiles de cada una de ellas.

La relación historia económica y ciencia económica ha sido compleja y problemática para ambas partes. Pocos economistas debaten que la ciencia económica necesita a la historia, pero no todos saben cómo encajar la historia en sus análisis.

Es la cliometría la que transforma la historia económica en econometría retrospectiva. El aporte de los cliómetras –Fogel y North principalmente– a la medición en el campo de la historia, ha sido significativo al analizar proposiciones en teoría económica, en su mayor parte de tipo neoclásico. Si bien la cuantificación y la aplicación de instrumentos estadísticos, matemáticos y de otro tipo que sean apropiados no deben ser cuestionados por sí mismos, la formalización matemática no es ninguna garantía.

De hecho, con la cliometría se ha logrado revisar algunas afirmaciones propias de la historia económica, principalmente referidas al contexto a partir del siglo XVIII. Su función principal ha sido crítica, al formalizar algunas tesis tradicionales de los historiadores para analizarlas por medio de los datos estadísticos; con ello ha exigido a los historiadores pensar claramente y ha “desmontado” la validez de afirmaciones simplemente adoptadas como ciertas. Al utilizar el método contrafactual abre posibilidades a observaciones retrospectivas.

No obstante, es necesario reconocer las limitaciones de la cliometría. Tales limitaciones surgen de la utilización de una teoría esencialmente ahistórica como instrumento analítico; del uso de datos reales y de datos supuestos –en caso de que no puedan obtenerse de las fuentes disponibles; y de las obvias restricciones que impone la construcción de un modelo econométrico.

La referencia a la teoría económica en la historia económica no es patrimonio exclusivo de la cliometría; la llamada nueva historia económica, se apoya en la economía neoclásica aplicando sus diferentes modelos. Pero la formulación de generalizaciones por parte de los historiadores económicos y la construcción sobre su base, de modelos explicativos, no ha sido demasiado frecuente. Los enunciados teóricos formulados por los historiadores económicos se refieren por lo general a la explicación de los fenómenos de la economía preindustrial.

La complejidad de las condiciones históricas lleva a que un mismo elemento, por ejemplo el alza de precios, el reducido tamaño de las unidades productivas, o la inversión de capital extranjero, pueda incidir de muy diversas formas en diferentes condiciones históricas. De allí puede afirmarse que las teorías económicas que se refieren al capitalismo no necesariamente son adecuadas para explicar los fenómenos económicos de contextos no propiamente capitalistas.

El problema del historiador económico consiste por tanto, en saber cuál es la mejor forma de usar esa “rama de la lógica” que es la economía, para elaborar un modelo teórico e interpretativo adecuado a la situación histórica que se estudia. Y para ello, requiere creatividad para formular modelos adecuados según la época estudiada; y conocer ampliamente el contexto histórico en el que se inserta el acontecimiento objeto de estudio, para reconocer el sistema económico, su funcionamiento y su capacidad de reacción frente a determinados estímulos. Aunque todo esto parezca evidente, hay que reconocer que en la realidad resulta difícil y problemático.

Para muchos estudiosos con formación en economía, es difícil marcar distancias con las teorías “de moda”; su formación se ha diseñado a partir de ellas. Sin embargo, para poder desempeñar la labor de historiador, deben adoptar

otros códigos, imaginar situaciones, condiciones y circunstancias que le son ajenas, y adoptar instrumentos y recursos que les permitan abordar fuentes de información con las que no están familiarizados.

Resulta inevitable contrastar entonces el quehacer del economista y del historiador económico, cualquiera que sea la corriente teórica en la que se apoye.

Mientras el economista normalmente centra su atención en un número reducido de variables, el historiador económico debe tomar en consideración tantas variables como le sea posible, y mientras su número sea más elevado, tanto mejor. Por tanto, la descripción que propone el historiador económico resulta más completa y realista que la descripción habitualmente paradigmática del economista. No obstante esta “ventaja relativa”, sigue siendo una extremada simplificación de la realidad.

Las consecuentes generalizaciones en el análisis, que el historiador económico debe hacer para explicar el mayor número de variables, ponen en riesgo la profundidad de sus reflexiones y por ende posibilitan la pérdida de contacto directo con la realidad. Cualquier reconstrucción histórica en la medida en que constituye una simplificación más o menos radical de la realidad, concreta su resultado en apreciaciones y representaciones con mayor o menor margen de error, ya que hay diferencias importantes entre una aproximación simplificadora y una realidad. La realidad es muchísimo más compleja y en ella coexiste un amplio espectro de excepciones, variantes, anomalías, rarezas, excentricidades, idiosincrasias y peculiaridades dispersas, en lo que un estadístico podría calificar como una gran desviación en torno a la media. En esencia, el sentido histórico consiste en la conciencia de la enorme complejidad de los asuntos humanos.

En el caso de la historia económica, existe otro factor que desempeña un papel decisivo a favor del simplismo y es la manera cómo se consideran los individuos; es una historia donde las estructuras son anónimas. La historia económica no presta atención a los individuos y los comportamientos colectivos se estudian a partir de consideraciones propias de la demografía: tasas de natalidad, de mortalidad y de nupcialidad, migraciones y densidades poblacionales. Con todo esto, la historia empresarial no ha conseguido integrarse de modo sistemático con la historia económica, no obstante que no faltan en la literatura económica biografías de empresarios y monografías de grupos empresariales.

Otro problema que enfrenta tanto el historiador como el historiador económico es el que se deriva de sus reconstrucciones a posteriori. Con ello muchas veces se pueden ocultar, en vez de ilustrar, los procesos de toma de decisiones y de resolución de problemas que son la constante de la trayectoria humana. La vida esencialmente es una sucesión ininterrumpida de problemas, en la que tanto los individuos como las sociedades se ven obligados de manera constante a tomar decisiones. Y se corren riesgos cuando se elige y se decide en medio de la incertidumbre. Existe un vínculo constante y profundo entre el pasado y el futuro, de tal manera que las decisiones que se tomaron ayer limitan y condicio-

nan lo que se pueda elegir mañana. A posteriori todo se puede justificar; todo puede parecer lógico, racional e inevitable.

Para el historiador y para el historiador económico, resulta tentador reconstruir la historia humana como una concatenación lógica e ineludible de acontecimientos; tentación que es acentuada por la tendencia a transferir al discurso histórico el concepto de causa. La pura descripción no satisface y es necesario buscar la explicación.

Cuando se hace referencia al pasado conviene recordar que los hombres de ese pasado tenían que enfrentarse a opciones y decisiones; mientras que desde el presente, la perspectiva histórica puede permitir valorar los resultados, a corto plazo y a largo plazo, de aquellas opciones. Los hombres de aquel pasado actuaban desde el punto de vista del a priori; desde el presente se evalúa desde el punto de vista del a posteriori.

En el terreno de la historia económica se enfrentan otros tipos de problemas. Frecuentemente se utilizan procedimientos para dar la apariencia de una objetividad científica a tesis más o menos discutibles, sin considerar sus implicaciones. Como cuando se hace uso inadecuado de una documentación que se refiere al corto plazo, como si fuera válida en el largo plazo, se hacen generalizaciones acerca de tendencias que no se dieron; o cuando, a partir del análisis respecto a una pequeña localidad se concluye respecto a una sociedad más amplia.

Una forma aún más problemática proviene del uso indiscriminado y acrítico de los recursos de la estadística. Las cifras dan la impresión de objetividad, lo cual no siempre es verdad. En la medición histórica es frecuentemente difícil conseguir un grado elevado de precisión; pero una cosa es admitir un margen razonable de error y otra muy distinta es producir o utilizar estadísticas falseadas.

Partir del historicismo como el reconocimiento de que cada uno ve el pasado desde un punto de vista concreto o, por lo menos, condicionado por su propia posición en la historia, implica el riesgo de relativizar el análisis. Las categorías y los conceptos que utiliza el historiador –y por supuesto también el historiador económico– para reconstruir el pasado, son los de su propia época. Y con esto se plantea un problema epistemológico, especialmente complejo para el caso de la historia económica. La economía como disciplina y como sistema de instrumentos conceptuales y categorías lógicas nació en el siglo XVII; no es casual que no existan obras de historia económica en el período anterior al siglo XVIII.

Es de reconocer el interés de algunos economistas por el análisis del material empírico del pasado más o menos reciente; el problema radica en que lo hacen –en muchos casos– apoyados metodológicamente en modelos estáticos contruidos bajo supuestos generalizadores y simplificados, y con una alta formalización matemática. Mientras la economía se defina y practique como una disciplina que se ocupa del mundo real y para ello seleccione algunos y sólo algunos aspectos del comportamiento humano como económicos, mientras el estudio de los mecanismos económicos esté separado del estudio de los fac-

tores sociales, políticos, culturales y de otro tipo que incidan en el comportamiento de los agentes que constituyen tales mecanismos, no podrá superar sus limitaciones. Parece necesario, entonces, que desde la economía se redescubra la perspectiva histórica.

Bibliografía citada

- BALIBAR, E. et al. (1976). *Hacia una nueva historia*. Madrid: Akal
- BEJARANO, Jesús Antonio (1994). *Historia Económica y Desarrollo. La historiografía económica sobre los siglos XIX y XX en Colombia*. Bogotá: Editorial Cerec.
- BLAUG, Mark. (1985). *La metodología de la economía o cómo explican los economistas*. Madrid: Alianza Editorial.
- BRAUDEL, Fernand (1995). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial (9ª reimpr.).
- ____ (1994). *Una lección de historia*. Barcelona: Mondadori-Grijalbo.
- CAFAGNA, L. et al. (1991 [1974]). *Industrialización y Desarrollo*. Madrid: Alberto Corazón Editor.
- CARDOSO, Ciro F. S. y PÉREZ BRIGNOLI, H. (1976). *Los métodos de la historia*. Ciudad de México: Editorial Grijalbo.
- CIPOLLA, Carlo M. (1991). *Entre la historia y la economía; introducción a la historia económica*. Barcelona: Editorial Crítica
- FONTANA, Josep (1982). *Historia; análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Editorial Crítica.
- HOBSBAWM, Eric (1998). *Sobre la Historia*. Barcelona: Editorial Crítica.
- KEMP, Tom (1981). *Modelos históricos de industrialización*. Barcelona: Editorial Fontanella S.A.
- KINDLEBERGER, Charles P. (1993). *Problemas históricos e interpretaciones económicas. Estudios de historia financiera*. Barcelona: Editorial Crítica
- KULA, Witold (1977). *Problemas y métodos de la historia económica*. Barcelona: Ediciones Península (3ª ed.).
- NUEVA (1984). *La — cara de la historia económica de España*. Papeles de Economía Española, nº 20; Madrid: Fundación Fondo para la Investigación Económica y Social.
- NELL, E. J. (1984). *Historia y Teoría económica*. Barcelona: Editorial Crítica.
- NORTH, Douglas C. y THOMAS, Robert Paul (1978). *El nacimiento del mundo occidental. Una nueva Historia Económica (900-1700)*. Madrid: Siglo XXI.
- SCREPANTI, Ernesto y ZAMAGNI, Stefano (1997). *Panorama de la historia del pensamiento económico*. Barcelona: Editorial Ariel.
- SHUMPETER, Joseph A. (1994). *Historia del análisis económico*. Barcelona: Editorial Ariel.
- THOMPSON, Edward Palmer (2002). *Obra esencial*. Barcelona: Editorial Crítica.

- TOPOLSKY, J. et al. (1981). *Historia económica; nuevos enfoques y nuevos problemas*. Barcelona: Editorial Crítica.
- VILAR, Pierre (1988). *Capitalismo*. Barcelona: Oikos.
- (1983). *Economía, Derecho, Historia*. Barcelona: Editorial Crítica.
- WALLERSTEIN, Immanuel (coord.) (1999). *Abrir las Ciencias Sociales*. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales. Ciudad de México: Siglo XXI [4ª ed.].